

y si no es correspondida muere de rabia, y no pocas veces devora á sus hijuelos al mismo tiempo que los va pariendo.

Los conejos saben todas estas cosas, que ignoran muchos hombres, y por eso cuando ven penetrar á los hurones en sus vivares huyen aterrados buscando en la fuga la salvación; pero ¡ay! la fuga para la infeliz familia de D. Prudencio no fué esta vez la salvación, sino la muerte, pues la boca que no estaba tapada tenía su *capillo* de red, en donde iban cayendo uno en pos del otro; y el hombre, el infame matutero, que les esperaba á la salida, les cogía sencillamente las patas traseras con la mano derecha y las orejas con la izquierda, y estirando en sentido contrario los iba desnucando uno á uno con criminal indiferencia.

¡Todos perecieron! menos D. Prudencio, que pasó *trasconejado* horas de mortal angustia, de increíble dolor.

Cuando un largo y prolongado silencio le convenció de que los hurones habían abandonado la madriguera, Prudencio salió de su escondrijo.

¡Espantoso cuadro fué el que se presentó ante sus ojos! La sangre, la muerte, sembraban el pavimento de aquel *hogar* querido.

Prudencio hubiera dado todos los pelos de su bigote por derramar una lágrima sobre aquellos restos amados. Pero ¡ay! sus ojos permanecieron secos cuando su corazón se rompía en pedazos. ¡No pudo llorar!

—¡Huyamos de esta mansión de muerte y de sangre!—exclamó arañándose las orejas con furor. ¡Huyamos de este hogar que en otro tiempo fué el paraíso de mis amores! ¡Si permanezco aquí me moriré de tristeza y de dolor, y yo quiero vivir!

Prudencio, con toda la cautela de un conejo viejo, comenzó á buscar una salida. Algunas bocas estaban tapadas. Por fin, después de muchos afanes, se encontró una libre por donde penetraba un poético rayo de la Luna.

Antes de arriérgarse á salir, examinó con prudencia si la boca tenía *capillo*; y, persuadido de que estaba

franca, aspiró con delicia la brisa nocturna, que le enviaba todos los perfumes del monte.

Avanzó un poco, sacando medio hocico y la punta de las orejas. Se detuvo. Todo era calma, todo quietud. El silencio de la noche convidaba á la fuga. Prudencio recobró por completo la serenidad, y, avanzando resueltamente algunos pasos, salió de aquella mansión de espanto y terror.

Pero... estaba escrito... Apenas había sacado todo el cuerpo de la madriguera, cuando sintió un peso incommensurable sobre su lomo que le pegaba á la tierra, y un aliento de fuego que le quemaba el cogote. Volvió espantado la cabeza, y se encontró junto á sus ojos la risueña fisonomía de una zorra, que le dijo dulcemente, haciéndole un saludo.

—Buenas noches, señor conejo.

D. Prudencio cerró los ojos, exhaló un gemido y pensó en la muerte.

La zorra matutera de última hora, merodeadora de los montes, abrió la boca, bostezó con delicia, y, cogiendo con sus agudos dientes á D. Prudencio por los riñones, le sacudió con rapidez á derecha é izquierda, tirándole por el aire.

Prudencio cayó al suelo, estiró las patas y murmuró con agonizante acento:

—Está visto... No se puede... ser... cone... jo.

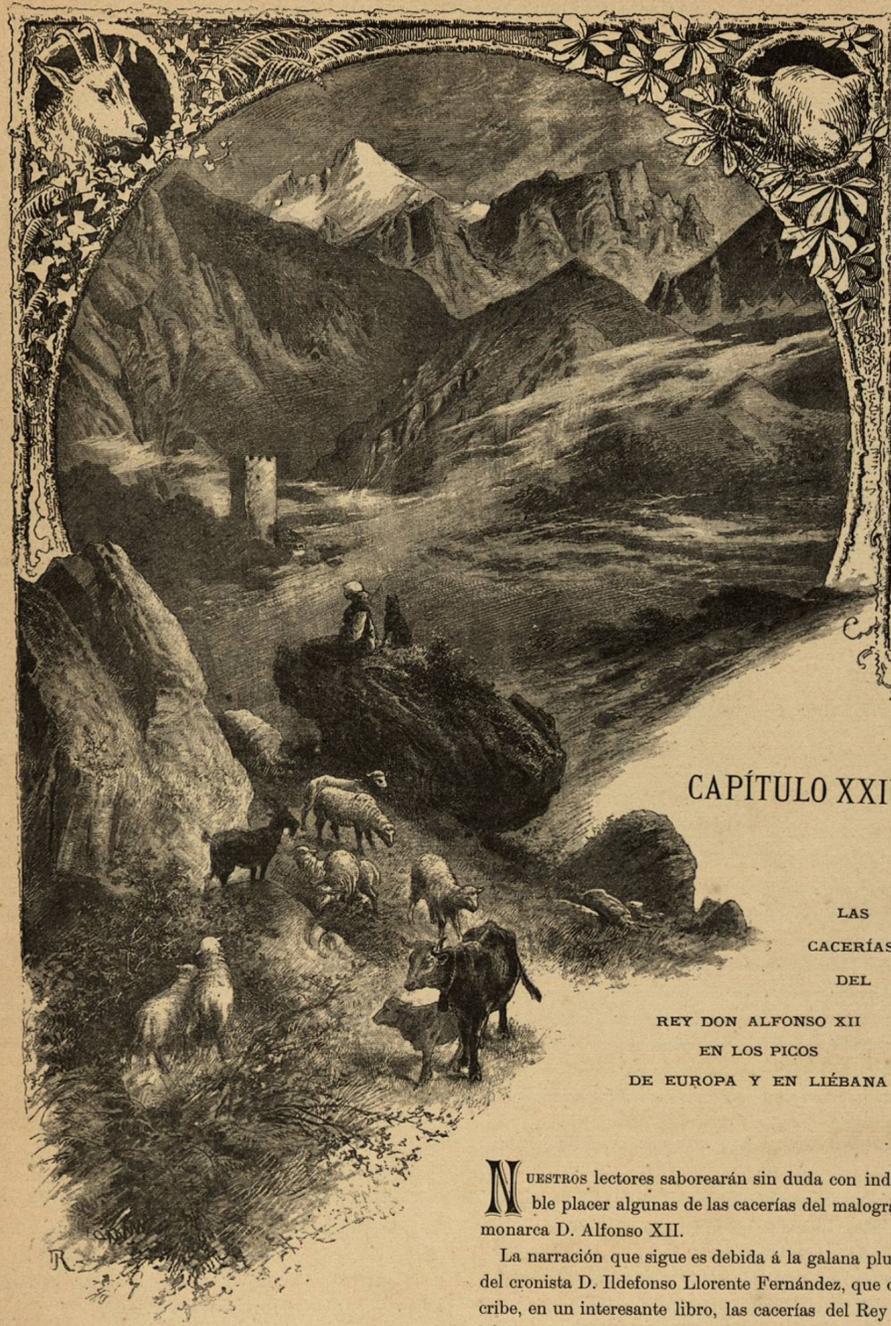
Luego espiró.

La zorra cogió su presa y se internó con ella en la boca de un matorral espeso.

D. Prudencio y su familia habían dejado de pertenecer al mundo de los seres animados. Los hombres, los hurones, y la zorra, habían borrado sus nombres del gran libro de los vivos.

¡¡¡Pobres conejos!!!

Al día siguiente unos cazadores almorzaban con gran algazara sobre el vivar de D. Prudencio. Aquellos *infames* ni siquiera sospechaban que debajo de sus posaderas se había desarrollado la sangrienta acción de un *drama subterráneo*.



## CAPÍTULO XXIV

LAS  
CACERÍAS  
DEL

REY DON ALFONSO XII  
EN LOS PICOS  
DE EUROPA Y EN LIÉBANA

NUESTROS lectores saborearán sin duda con indecible placer algunas de las cacerías del malogrado monarca D. Alfonso XII.

La narración que sigue es debida á la galana pluma del cronista D. Ildefonso Llorente Fernández, que describe, en un interesante libro, las cacerías del Rey en los *Picos de Europa y Liébana*.

## ALTURAS DE ÁNDARA, 6 de agosto.

Desde la cumbre del pico llamado el Samelar, á 2,400 metros (8,612 pies) sobre el nivel del océano, y en el mismo punto á que S. M. el Rey ha de venir á colocarse para una de las cacerías, he admirado esta mañana los primores de un panorama sublime.

Dirigiendo la vista hacia la parte sur, y al pie de esta formidable cordillera de peñascos, cortada verticalmente en este sitio por el terrible y misterioso golpe de los siglos, secundando las potentes cuanto admirables gestaciones geológicas, se ven, como surgiendo del fondo de un cráter colosal, los valles y las montañas de Liébana, región espléndida en colores, donde las rojizas y amarillas tierras de recién segados cereales, junto á la negra espesura de bosques antiquísimos y extensos, contrastan con la verde frescura de multiplicadas praderías y con la alegre vegetación de los viñedos.

Vegas y montañas; rocas y abismos; ríos, á que acuden cientos de arroyuelos espumosos; algunas cumbres con la fría nieve entre sus profundas y pintorescas escabrosidades; hondonadas inmensas, en que, á través del vapor caliginoso que el calor solar produce allí en estos días, se ven las blancas ondulaciones de la hermosa y nada inclinada carretera, como desafiando el río, de cuya margen no se aparta; y multitud incontable de tortuosos pendienteísimos caminos y sendas inconcebibles, que unen á más de cien pueblos por todos lados esparcidos: en los valles, en las cumbres, entre bosques, sobre gigantesca peñas; tal es el pequeño círculo llamado Liébana, donde, con las infinitas vueltas y subidas y bajadas á que los indescriptibles accidentes del terreno obligan, no pasa de seis leguas la extensión que se recorre de extremo á extremo del diámetro. Rincón bellissimo por su estructura geológica, espléndido por su fertilidad llena de gala y grandemente varia, y rincón notable por los muchos recuerdos históricos que en él existen: eso es Liébana, la patria de Pelayo y de Alfonso I, la comarca montañesa á que he consagrado un libro recientemente dado á luz en la capital de España. Y levantando los ojos, después de ver esa región occidental de Cantabria por sobre la altura de sus puertos de Sierras Albas y de Piedrasluengas, que están á 4,700 pies el primero y á 4,693 el segundo sobre el nivel del mar, descúbrese más allá la provincia de Palencia en una grande extensión, envueltos los cerros y los llanos de Castilla en el azulado tinte de una atmósfera diáfana y pura hoy, como se halla pocas veces.

Por la parte occidental ¡qué cumbres tan elevadas, tan caprichosamente hendidas, tan majestuosas é imponentes, separan de este país á las provincias de León y Oviedo! Blanca la nieve aún sobre el puerto de San Glorio, y blanquea mucho más en las cañadas orientales de Peña Vieja, que levanta sus tremendas moles de peñascos hasta 2,800 metros (10,046 pies) de altura, allá en Ávila, rodeada magníficamente de los enormes picos de los Urrieles, Garnizoso, Peñón de las Torres, el Borio, Sengros, Neverón, collado de Camburero, Peña Castil, collado de las Moñas y otras montañas altísimas y escarpadas, cuyas agujas colosales parecen desde aquí, de lejos, filigranadas torres de inmensa catedral gótica rodeando el titánico cimborio. Más cerca de mí, aquí en la demarcación de Ándara, veo el pico de San Benigno, sobre el cual estuvo en setiembre de 1881 S. M. el Rey Alfonso XII, y que tiene 2,600 metros (9,329 pies) de elevación; y próximo á ése veo el pico del Jierro, á 2,678 metros (9,610 pies) de altura sobre el mar, y en cuya cúspide S. A. R. la infanta doña Isabel estuvo el mismo día que el Rey contemplando el grandioso panorama, y sitio, en fin, á que ninguna otra mujer se atrevió á subir jamás.

En la soledad sublime de estos pasmosos desiertos, desde la magna altitud en que lo miro, ese terrible conjunto de soberbias y desnudas asperezas de la majestuosa cordillera imprime en el espíritu espléndidos arrobamientos, en que las maravillas de la creación le gritan, con la poderosa voz de la verdad, que suba, suba, porque subir debe, en oleajes de luz, hasta contemplar en toda su formidable grandeza, brillando siempre en prodigiosas manifestaciones, el poderío de Aquél, Ser de los seres, para quien ni hay en el espacio límites, ni cansancios en la eternidad, ni fuerzas incontrastables en el ordenado movimiento de los mundos. El alma aquí se desliga de las inquietudes mundanales al suave aliento de la admiración; y de pensamiento en pensamiento, vuela con irresistible rápido empuje, hasta pensar en Dios.

Y cuando las fuerzas faltan al humano espíritu, y de su abstracción sublime descende otra vez á la contemplación de la naturaleza en estos sitios, dirígese la vista al norte, y las bellezas del suelo asturiano, por aquellos valles y montañas que enamoran con risueñas perspectivas, desde las industriosas playas de Gijón hasta la abrupta comarca de Cabrales, y los alegres caseríos de Llanes hasta Unquera, preséntanse, para recreo del ánimo, dulcemente unidas al gracioso aspecto de toda la provincia montañesa.

Ésta, con las cumbres llamadas *Estacas de Trueba*

## ALTURAS DE ÁNDARA, 7 de agosto.

Acabo de bajar de una de las enriscadas y severas cumbres de que hice mención ayer: del pico del Jierro, cuya elevación, como ya dije, excede de nueve mil pies, y en cuya cima se colocará S. M. el Rey para verificar la segunda cacería de rebezos, de las tres que el distinguido ingeniero D. Benigno de Arce tiene prepa-

das ya con un tino envidiable y con el celo más digno de elogio. Estoy viendo los difícilísimos sitios en que han de realizarse las venatorias fiestas; conozco hasta los más pequeños detalles del plan que, secundado por los inteligentes y prácticos montañeses que para ello ha elegido, tiene adoptado el señor de Arce; y encuentro que ni la circunstancia más mínima se ha dejado de tener en cuenta respecto á las condiciones excepcionales de la región marcada para cada cacería, y á la índole y costumbres de las reses que han

allá muy lejos, y ostentando más cerca las arboríferas alturas de Cabuérniga y Tudanca, y los elevados montes de Reinosa y puerto de Sejos, cuyas frescas sustanciosas hierbas nutren á muchos y muy excelentes ganados, parece estar resguardando de la envidia de las secas llanuras castellanas la galanura del verdor constante que circuye las feudales ruinas de la señorial villa de San Vicente de la Barquera, y los modernos

riquísimos palacios de Comillas, y la melancolía heráldica de la antigua Santillana, y el comercial movimiento de las ricas plazas de Torrelavega, cuyos pintados edificios forman contraste delicioso con los variados matices de sus jardines, sus alamedas y sus numerosos *cierras*, poblados de frutales. Y más allá, siempre hacia el norte, golpeando en son quejumbroso los peñascos de la costa, como si clamara porque no le entregara cada día nuevas víctimas que sepultar entre sus revueltas olas, está el mar, remedo de lo infinito,

sin que todo el poder y la fiereza de sus tempestades basten á impedir que, desde estas cumbres de los picos de Europa, se inspeccione la intranquilidad con que se mueve hasta incalculable distancia de las costas españolas.

Tal es y tan magnífico el panorama que S. M. el rey Alfonso XII verá por segunda vez, en uno de los días próximos, al ocupar su puesto en la cacería sobre la ríscosa cumbre del pico del Samelar. Monarca de grandes pensamientos y de gran corazón, la naturaleza le ofrece aquí también grandiosidad y belleza en el paisaje: trono magnífico, que deleitará el ánimo del Rey.



Caza de rebezos

de ser cazadas: los rebezos.

El puesto que ocupará el Rey en lo alto del pico del Jierro, á 7 kilómetros montaña arriba del Casetón de las minas, y para llegar al cual hay que dejar el caballo á la mitad de la subida, donde termina el camino abierto en la roca por la Sociedad minera, y ascender luego por senda, á cuyos lados hay derrumbaderos imponentes, es un sitio en que ya estuvo el Monarca, con la infanta D.<sup>a</sup> Isabel, pronto hará un año; y desde allí se descubre un paisaje más bello, más grandioso, más solemnemente grave que el magnífico que á la vista se presenta desde la cúspide del Samelar, de que hablé ayer.

A unos 100 metros más abajo de la cumbre, y en ambos lados de la senda por donde ha de verificarse la

ascensión, se ve la nieve perpetua, de la cual he puesto yo en mi boca, no hace aún tres horas, un poco; no tanto para refrescar el paladar, seco por el calor del Sol y por la fatiga que me ocasionara la subida, que para mí no es penosa, cuanto para protestar así contra lo afirmado en un libro, cuyo autor jamás ha visto estas montañas sino á muchas leguas de distancia. Sí: la nieve perpetua existe aquí, en las estupendas rocas calizocarboníferas que forman la escabrosa cordillera de los Picos: la nieve existe aquí desde hace millares de años, y existirá mientras los picos de Europa sean lo que son y como son.

Y desde lo alto, desde la puntiaguda cumbre del pico del Jierro, además de ver la nieve blanqueando en otras abruptas eminencias no lejanas, se ve debajo, al lado del sur, toda la bellísima comarca liebanense; al par que, también debajo y á la parte norte, el llamado lago de Andara, en cuyas aguas ninguna clase de peces vive ni vivir puede, y que, sin oleaje, está mostrando perennemente su frío líquido á más de 2,000 metros de elevación sobre el mar, en un espacio abierto entre las cumbres de montañas colosales. Éstas, en número prodigioso, aparecen en torno al pico del Jierro en una grande extensión, ofreciendo variedad infinita de formas, cortaduras, picachos, derrumbaderos, grutas y vegetación, para mayor magnificencia del sublime cuadro de la naturaleza aquí en los Picos.

Pero si el embeleso que en el ánimo produce; si la atracción que tan portentosa majestad ejerce en el espíritu para que la contemple y se abisme en profundas reflexiones; si la magia de esa perspectiva; dejan libres de su influencia por un brevísimo instante los ojos del observador, éste verá que las provincias de Santander por el oriente, de Palencia por el sur, de León por el oeste y de Oviedo por el norte, ostentan en el espléndido paisaje mucha parte de su territorio, en tanto que el Océano Cantábrico añade al sorprendente conjunto la inmensidad de su horizonte.

No he visitado la Suiza: he recorrido, y no en ferrocarril, las provincias españolas nada más; pero varias veces he tenido el placer de oír á personas acostumbradas á viajar por extranjeros países que no han hallado en parte alguna cordillera de aspecto tan extraordinariamente vario, y tan extraordinariamente rica en deliciosas perspectivas, como estos picos de Europa, no visitados apenas por otros españoles que los nacidos junto á ellos.

Aunque no cazara; aunque los rebezos, saltando como suelen sobre abismos, huyeran de esta región; S. M. el Rey sentiría gran placer al encontrarse en lo

alto del pico del Jierro, contemplando las bellezas del extenso paisaje, ante el cual decía con entusiasta admiración en setiembre de 1881: «Quiero fijar la imagen de estos Picos; quiero fijar la imagen de este panorama en mi cerebro; quiero que la memoria mía recuerde luego fielmente tanta belleza: dejadme contemplarlo más aún.»

Pero al placér de contemplar estos sitios una vez más, podrá unir el Monarca los placeres de la difícilísima cacería de rebezos; pues todo está dispuesto de tal modo por el Sr. de Arce, que en una extensión de gran número de kilómetros las cumbres y hondonadas, asilo de aquéllos, serán recorridas en la hora oportuna por inteligentes ojeadores, y la caza abundará.

#### ALTURAS DE ANDARA, 8 de agosto.

La tercera cacería, la que será más que las otras notable por el número de rebezos que seguramente se reunirán, y por la grandiosidad salvaje de los riscos en que ha de verificarse la difícilísima jornada, será en la cumbre peñascosa llamada *Peña Vieja* que sobre el puerto de Áliva se eleva y que domina toda la formidable cordillera de los Picos, alzándose, como ayer dije, hasta 10,046 pies (2,800 metros) sobre el nivel del océano.

Desde uno de los riscos de Andara, en que esto escribo, veo no lejos, aunque para llegar á su pie necesitaría emplear desde aquí no pocas horas á caballo, la montaña espantosa, en cuya cima, llena de colosales picachos y pedregosas profundísimas cañadas, está el cazadero á que subirá el día 16 el rey D. Alfonso XII. Si desde los sitios de que hablé en mis cartas de los días 6 y 7 se descubren magníficos paisajes, más grandioso es el espectáculo que ofrecen estas montañas miradas desde lo alto de la formidable *Peña Vieja*.

Y se comprende bien que así será, con sólo reflexionar acerca de su altitud soberbia y sin rival en toda la región cantábrica, y acerca del gran número de pedregales y de escuetos picachos que por todos lados se alzan alrededor y en la misma terrible montaña, haciendo de ella, de sus múltiples y ásperos senos, y de su resquebrajada y fría cumbre, la soledad más admirable y pasmosa, más solemne, y más triste, y más espléndida en luz al mismo tiempo, de todos los magníficos desiertos de la indescriptible serie de montañas y peñascos de toda esta singularísima región. Levántase casi al centro de las numerosas cumbres que por nordeste, norte y noroeste resguardan el puerto de

Áliva, el cual es una pradera relativamente plana y que, á 4,047 pies (1,964 metros) de altura sobre el mar, se extiende entre las peñascosas moles de los Picos, en una longitud de más de 4 kilómetros, teniendo uno de anchura por algunos parajes.

Por toda la serie de cumbres que resguardan ese puerto, veo desde estos picos de Andara multitud de cuevas, que la naturaleza con el barreno del tiempo abrió en las rocas, y que en los meses de verano sirven de majadas al ganado vacuno, lanar y cabrío de los pueblos lebaniegos pertenecientes al valle de Varó. Presenta en este momento el puerto de Áliva un cuadro delicioso. Iluminado por el Sol, ya próximo al ocaso, proyectan en parte de la pradera su rarísima ondulada sombra los gigantescos riscos de Peña Vieja, collado de las Moñas, Naranco y otros ciento; y pululan, mordisqueando yerba en la planicie, negras pacíficas ovejas, y amarillentas, diminutas cuanto lechiferas vacas, algunas de las cuales rumian tranquilamente recostadas á la puerta de las cuevas, en tanto que pintadas cabras pacen en la pendiente de los picachos, saltando ágilmente sobre precipicios grandes. Por allí un pastor, caminando lentamente, pero sin mostrar fatiga, por escabroso repecho; y sentadas en pequeñas eminencias de la pradería, en grupo de dos ó tres, ó sola cada cual, pastoras que, haciendo media de cerdosa lana, cantan prolongando el final de sus cantares por un espacio de tiempo, en verdad maravilloso por su mucha duración. *Deje*, como aquí se dice, ó *sostenido*, como dirían personas inteligentes, ó no, en música, caracteriza los cantares lebaniegos y de los pueblos limítrofes á los picos de Europa; siendo de notar que el difícil sostenido es hecho siempre con la vocal *e*.

En medio de la pradería, como un



El precipicio

prisma de nítida nieve, la caseta de las minas de Áliva blanquea, y parece que su albura risueña convida al inocente regocijo del espíritu entregado á blandos ocios y apacibles pensamientos en aquella soledad bella y sin más rúmore naturales que el murmullo de dos pequeños arroyos, que recorren la pradera en toda su longitud, como si con esa dulce música quisiera la naturaleza celebrar allí la solemne sencillez de las virtudes grandes. Y para que el alma, en la dulce y grave contemplación de aquel desierto silencioso, eleve su mirada sin fatiga ni vértigo filosófico que la incline al abismo horrible de la duda, está en medio de aquel puerto el símbolo de la fe, la cruz de Cristo coronando la techumbre de una modesta capilla, que se inauguró el día 1.º de agosto de 1851, y que allí fué construída para que los pastores, durante los meses de verano, puedan oír misa en los días festivos. Conmemorando la inauguración del rústico templo que está dedicado á San Pedro Advíncula, celébrase todos los años, el primer día de agosto, animada romería, concurriendo gentes de varias aldeas lebaniegas al puerto de Áliva para oír la misa y pasar después el día visitando las majadas, saboreando la sustanciosa y fresca leche, las suavísimas natas, las excelentes cuajadas y el tónico y nutritivo queso, justamente reputado por el mejor de todos los que se hacen en Liébana y en las Asturias de Oviedo.

En la blanca y solitaria caseta de la Sociedad minera pernoctará S. M. el Rey el día 18, para el 19, de madrugada, subir al cazadero, situado allá en lo alto de la majestuosa *Peña Vieja*.

¡Qué plan de ojeo tan magnífico ha dispuesto Juan de Moradiellos, el inteligente, infatigable y afortunado cazador de rebezos! Vive en el pueblo de Sotres; y auxiliado en su empresa